

yeron á los golpes de nuestro desden y nuestro silencio. ¿Encontrará el general O'Donnell quien le preste auxilio? Entonces el aire vital entrará en la máquina pneumática donde ahora se asfixia. Entonces vivirá ocho años más; ¡él! que solo se apoya en la ruina de nuestras leyes, y que tiene las manos manchadas con nuestra sangre; ¡él! que en su último mes de poder solo ha acertado á oprimir á la imprenta, porque la imprenta no puede consentir, no quiere consentir que dé nuevamente el beso de Judas á la libertad.

Las elecciones, ó no son nada, ó son para los partidos que miran la política gravemente, el medio único de conseguir el poder. Pues aun ganadas las elecciones encontraríamos los siguientes obstáculos: 1.º la eterna oposicion de ciertos obstáculos que no hay para qué nombrar; 2.º el Senado, donde los partidos liberales apenas tienen alguna que otra individualidad aislada é impotente; el Senado cuya mayoría está en manos de O'Donnell; 3.º el veto de que dispone con toda confianza, segun nos dicen los periódicos ministeriales, el general O'Donnell; 4.º la facultad de disolver que el general O'Donnell usará á su arbitrio, porque de antiguo se sabe que para disolver Cortes que le sean contrarias, el general O'Donnell usa, si lo cree conveniente, hasta de los cañones. Salir del retraimiento cuando manda el que nos vendió en 1854, el que nos cañoneó en 1856, el que sostuvo durante cinco años la reforma de Narvaez y la ley de Nocedal, el que dirigió las más escandalosas elecciones de todas cuantas recuerda nuestro régimen constitucional, el que ya en las Cortes llamó á unos héroes de barricadas, y á otros facciosos, el que pidió siempre la exclusion legal de la democracia, el que solo apela á la libertad como un recurso supremo para vivificar á los enemigos de la libertad; salir ahora del retraimiento, equivale á demostrar que somos los liberales torpes, mil veces engañados y mil veces ilusos, los liberales, de quienes tendrán derecho á mofarse

por incapaces y complacientes, cuantos conozcan en Europa los últimos dias de nuestra malhadada historia. No parece sino que el general O'Donnell se ha propuesto resolver el siguiente problema: averiguar cuántas veces sea posible engañar y vender impunemente á los liberales de España. A los demócratas no los ha de engañar, no ha de vender á los demócratas.

El general O'Donnell, rodeado de sus amigos, servido por complacientes camarillas, secundado por ese hábil ministro de la Gobernacion, experto jugador de maniobras electorales, no puede inspirar confianza alguna, no inspirará confianza alguna al partido liberal, para que abandone la altiva y enérgica actitud del retraimiento, á cuyo término está el triunfo definitivo de la libertad. Salir del retraimiento, seria tanto como dar perdurable vida al general O'Donnell; luego salir del retraimiento, seria tanto como resellarse. Intentar salir del retraimiento, seria tanto como intentar dar perdurable vida al general O'Donnell; luego intentar salir del retraimiento, seria tanto como intentar resellarse. Una reflexion muy sencilla basta para probarlo. Si el partido progresista persistiera en el retraimiento, ¿qué demócrata seria osado á proponer que abandonara el retraimiento el partido democrático? Ninguno. Pues nosotros creemos más, lo decimos; despues de haberlo discutido mucho, despues de haberlo pensado mucho, se lo aconsejamos al partido democrático, dejando la resolucion á su decision suprema; nosotros creemos que, como el partido democrático es un partido independiente de todos los demás partidos, con propia doctrina, con organizacion propia, con vida propia, debe perseverar en el retraimiento aunque salga del retraimiento, que no lo creemos, que no lo esperamos, vista la enérgica actitud de sus más autorizados órganos, aunque salga del retraimiento el partido progresista; porque no debemos subordinarnos á nada ni á nadie, sino consultar á

nuestra conciencia y nuestros permanentes intereses. Se acabó el tiempo de las farsas. O hay gobierno representativo-verdad, abajo, arriba, en la córte, en el ministerio, en la Cámara, en los comicios, en todas partes, ó los partidos liberales no abandonarán el retraimiento. Supongamos que se hubiera cerrado con la última reforma la puerta electoral, ¿pero y las demás puertas por donde entran todos nuestros enemigos? Están abiertas de par en par al favor y á la intriga. Están herméticamente cerradas para nosotros. Imbéciles seremos si entramos por la falsa brecha donde el enemigo nos llama para destruirnos hoy ante el país, para deshonorarnos mañana ante la historia.

No hay individualidad por grande que sea, por poderosa que parezca; no hay individualidad alguna superior á todo el partido democrático, porque el partido democrático que profesa un ciego amor á su autonomia se gobierna á sí mismo. Nosotros, soldados de sus gloriosas filas, nosotros no mandamos, aconsejamos y nos someteremos como deben someterse todos á lo que el partido democrático, solemnemente reunido y convocado, resuelva, porque nuestro partido no consiente las autocracias. Pero, sin tratar de imponer nuestra opinion, detengámonos ante reflexiones muy sencillas: el partido liberal se ha perdido siempre por confiar en sus enemigos. La desconfianza lo salva. Seamos, pues, desconfiados, y no oigamos el primer reclamo. El poder del general O'Donnell, como el poder del general Narvaez, se halla en manos del partido liberal.

A ellos les interesa que salgamos del retraimiento; pues nos interesa á nosotros perseverar en el retraimiento. Son nuestros eternos irreconciliables enemigos. Union, pues, demócratas, union en estos supremos instantes, union de ideas y de conducta para vencer al más temible, porque es el más taimado de todos nuestros enemigos. Tengamos aquella fé en la idea, aquella energía de carácter,

aquella fuerza de voluntad, aquel olvido de pequeñas rencillas y de agravios personales, aquella decision que cuadra á los partidos en cuyas manos está la suerte del pueblo, y en cuya mente el secreto del porvenir. Nosotros somos aquel partido desinteresado que no aspira al propio poder ni al propio medro, y que solo quiere la libertad para todos y el gobierno del pueblo por el pueblo. La democracia es el poder moral y el poder intelectual de nuestros tiempos. Si nosotros conservamos la unidad de ideas, la energía de carácter, la fuerza de accion que necesita el retraimiento, nosotros lograremos que la democracia, esta idea por la cual han peleado tantos héroes y han muerto tantos mártires; la democracia, esta grande idea que penetró en nuestro suelo con la guerra de la Independencia, en que el pueblo se gobernó á sí mismo, y en nuestras leyes con el Código inmortal de 1812, la democracia sea tambien el poder político de nuestra patria.

A esto decian los amigos de la lucha electoral que los partidos se suicidaban; que se morian tristemente en la oscuridad; que abandonaban el aire vital y la luz; que rompian entre sus propias manos el instrumento mayor de propaganda; que la gerarquía natural se trastornaba tomando la audacia el lugar reservado al poder de la palabra y á la virtud del mérito; que en las conjuraciones toda nocion de gobierno perdia fuerza y toda esperanza demagógica cobraba aliento; que si renunciábamos á la tribuna, por qué no renunciábamos tambien á la prensa, y que los fundadores del Parlamento no debian en manera alguna renunciar á lo que constituia su grandeza y su gloria, á las luchas de las ideas, donde les aguardaba siempre una verdadera victoria. Su empeño fué tan grande, que promovieron una grande excision dentro de nuestro partido, llamaron á los disidentes á reuniones tan públicas y solemnes como la reunion de Zaragoza, celebrada en los últimos dias de Julio de 1865; pero no lograron con-

trastar la opinion de los señores Orense y Castelar, ni conseguir su abandono de la política de retraimiento.

Bien es verdad que la córte daba á toda desesperacion verdadero incentivo con su política teocracia y su incurable temperamento absolutista. Mientras los partidos liberales discutian el retraimiento, en el cual se jugaba la suerte de aquella demente dinastía, los ministros no se daban punto de reposo en tratar la manera mejor de libertarse de la célebre monja protegida del rey, dotada con pingües tierras y soberbios conventos, oráculo al mismo tiempo de la Reina, que á ojos cerrados creia en sus virtudes y en sus milagros. Así los mantenedores del retraimiento ofrecian aquel espectáculo á sus correligionarios disidentes para moverles á derrocar el poder protervo que en vez de presidir un pueblo viril y libre, creia presidir un pueblo hechizado é impotente. Un consejo de ministros reunido extraordinariamente en la Granja para tratar de los misterios de un convento. ¡Ocho hombres que han llegado á los más altos puestos del Estado entretenidos en discutir sobre la suerte de una monja, y temblando al ver que con la suerte de esa monja está la propia suya ligada! Imaginaos un Consejo de ministros en Inglaterra, uno de esos consejos donde se trata la cuestion de las alianzas con Alemania ó con Francia; uno de esos consejos de ministros de Italia donde se trata de Roma y de Venecia; uno de esos consejos de ministros de los Estados-Unidos donde se trata de la abolicion de la esclavitud; imagináoslos, comparadlos con aquellos consejos de ministros de España donde se trataba del Padre Claret, de Sor Patrocinio, del Nuncio; y luego decid si no os avergonzais de vivir en país en que de tal suerte se asfixia la conciencia.

Pero ¡ah! que no es el pueblo español; no es la cara pátria, no es todo lo que hay aquí de santo, de eterno, responsable de tamaño rebajamiento; eran nuestros dominadores y

sus cómplices: nuestros dominadores que todavía tenian esclavizada la conciencia: nuestros dominadores que temblaban delante del predominio del clero; nuestros dominadores, cuya política parecia el último retoño de la política de Carlos II.

¡Una monja! Se concibe que allá en los tiempos de histérico misticismo que pasaron, una monja tuviese grande influencia. La tenia en tiempo de Felipe III una abadesa ó priora ó lo que fuera del convento de las Descalzas reales. Pero en este siglo en que el vapor gime y el telégrafo vibra; en este siglo del libre exámen; en este siglo de las revoluciones, la aparicion de una monja en la política, es como la aparicion de uno de aquellos espectros que nuestros fanatizados abuelos creian ver vagando por las almenas de los castillos feudales, á la luz de los fuegos fátuos, cuyo fosfórico resplandor cruzaba sobre los campos de desolacion que por todas partes abrian las continuas guerras.

Y esta monja ha hecho milagros, ha profetizado, Sibila de la reaccion, el triunfo de D. Carlos, ha visto estamparse en sus manos y en sus piés y en su costado, por misteriosa manera, unas llagas semejantes á las que en siglos de fé adquirió por el magnetismo de la contemplacion y del éxtasis arrobado en su amor á Cristo, el fundador de aquellos monjes plebeyos, que sin más armas que sus alforjas, y sin más patrimonio que su limosna, fundaron un Estado dentro de los Estados de Europa.

Pero ¡ay! que si entonces, cuando se creia, era sublime esta piadosa leyenda, hoy, á la luz de la razon, el reproducirla en un convento del Caballero de Gracia ó de Aranjuez, nos parece tan sacrilego como si se celebraran sobre el altar severo de Cristo el culto de Adonis ó los misterios de Eléusis. Las leyendas populares son la mitología de todos los tiempos. Cuando nacen de la fé, son respetables. Pero cuando ocultan una maniobra de partido, una intriga cortesana, una influencia

ministerial, una cábala de esas que trastornan la política de los pueblos, todavía son más que sacrilegas; no tenemos, no las hay, en nuestra lengua palabras bastante duras, bastante acerbas para calificar todas estas ridiculeces.

¿Conque el general O'Donnell, preguntaba todo el mundo, está reunido con siete hombres que deben suponerse graves, tratando de la suerte de Sor Patrocinio? Y sin embargo, Sor Patrocinio pesará más en la balanza de nuestra política que esos ocho hombres y que toda la union liberal. Y pesará, y debe pesar. Pues qué, ¿no debió por mucho tiempo á esa mujer el general O'Donnell todo su poderío? ¿No la declararon sus fiscales sagrada, inviolable, como si fuera la persona misma del monarca, recogiéndonos, cuando habia recogida, cada vez que tratábamos de Sor Patrocinio? ¿No se llegó á prohibir el hablar del convento de San Pascual? ¿No se secuestró un escrito por decir que los escrúpulos que el general O'Donnell tenia para el reconocimiento del reino de Italia eran escrúpulos de monja? Si la consultásteis como un oráculo, si la seguisteis como una bandera, si la proclamásteis sagrada como un dogma, y ahora os incomoda, culpáos á vosotros mismos, que con vuestras restauraciones de 1836 facilitásteis el predominio de todos estos escándalos, que solo pueden curarse por un supremo esfuerzo. El país lo hará. Pero hoy se rie de vosotros. ¡Serviles!

El ministerio se preparaba á reunir unas nuevas Córtes por dos razones fundamentales: primera, por no estar á merced de la mayoría narvaizta; segunda, por sacar á los partidos liberales de su amenazador retraimiento. Pero nadie se forjaba ilusiones; nadie veia el término de nuestros males en la reunion de un Congreso. Nuevas elecciones acusaban reunion de los antiguos partidos gobernantes; y los antiguos partidos gobernantes se habian perdido ellos por sí además de haber completamente perdido á la córte.

Los resortes del poder estaban aquí completamente gastados, porque las camarillas, ni se conocian á sí mismas, ni se enmendaban de sus faltas. La soledad que reinó en los últimos Congresos habia de reinar tambien en el Congreso que á la sazón se preparaba. Unos cuantos amigos particulares se repartian los trabajos, trataban en familia las cuestiones, se agitaban en lo vacío y luego iban á caer desplomados á los piés de la reaccion, de esa caprichosa, señora de nuestra pátria.

Por consiguiente, para unas Córtes de tal linaje, para unas Córtes como las que debian congregarse, buenas eran las que habia. ¿A qué agitar al país con una eleccion nueva, si el país estaba penetrado de que en el fondo de las urnas sólo se encontraba una sentencia definitiva, inapelable, la sentencia que lo condenaba á la desesperacion? Los comicios, las urnas, la tribuna, los parlamentos, todo lo que los liberales habíamos amasado con sangre de nuestras venas, y habíamos traído para que sirviera de firme pedestal á la idea de nuestro siglo, se habia destrozado bajo la mano de la reaccion impía que nos degrada. Si necesitaba conservar la apariencia de todas estas instituciones para vivir algun tiempo más, negábanse los liberales á ser cómplices de semejante farsa, ni cooperadores de tan arteros propósitos.

Horribles eran nuestros males, verdaderamente incurables; triste ver tantas y tan profundas desgracias; el influjo de una teocracia ignorante y fanática, las intrigas de unas camarillas ciegas, las complacencias serviles de unos ministros cortesanos; nuestro nombre injuriado en labios del emperador, nuestra dignidad ultrajada en la fria entrevista de Biarritz, el reconocimiento de Italia adulterado, las aspiraciones de una intervencion en Roma resucitadas; la política variando de hombres y no variando de esencia; la administracion de justicia levantándose contra la prensa y la libre emision del pensamiento; el favor reinando sobre el ejército, víctima de

cuatro familias de generales ambiciosos; el ministerio de la Gobernacion, aperebiéndose á falsear las elecciones y á corromper los comicios; la Hacienda en el suelo, rota á los golpes de una série de despilfarros increíbles y de otra série de errores deshonorosos; el crédito nulo; la industria arruinándose; el comercio en completa parálisis; el hambre hiriendo á los trabajadores de Cataluña y de Andalucía; los productos materiales más necesarios á la vida, como la sal de la tierra, estancada; estancadas también las inteligencias en la preocupacion y el fanatismo; la moral pública perdiéndose en podredumbre universal; valles enteros de las montañas que Dios alzó para escudo de la nacionalidad suspirando por otra patria; el cólera en la atmósfera, la desesperacion universal en todos los ánimos; terribles señales que nos moverian á creer en la disolucion de España, si no estuviéramos ciertos de que aparecen siempre cuando hay necesidad de pasar á un estado más perfecto, y de aplicar un cauterio enérgico á los grandes vicios sociales, si no estuviéramos ciertos de que la descomposicion de las viejas instituciones precede al nacimiento de las nuevas y progresivas, como la descomposicion de las semillas al nacimiento de las plantas.

Decíase á la sazón que la Reina acariciaba las ambiciones de Prim, la fidelidad de Pavía, y que buscaba medios de salvarse, ora lanzándose resueltamente en brazos del partido moderado y de una política reciente, ora lanzándose en brazos del partido progresista y de una política revolucionaria. Pero no habia, no, salvacion posible.

¿Quién sucederia á la union liberal? Los propósitos de la Reina estaban en lo cierto. No habia más que dos soluciones posibles para el poder supremo en aquellos instantes: ó el llamamiento de un ministerio moderado, ó el llamamiento de un ministerio progresista. Pues bien: cualquiera de estas dos soluciones traia las mismas con-

secuencias que la continuacion del régimen vigente; traian, por fatalidad invencible, la revolucion. Los moderados, en sus horas de suprema angustia, se olvidaban de Narvaez y se acogian á Pavía, á la manera de aquellos romanos de los últimos dias del imperio, que se olvidaban de sus patricios é iban á buscar generales ó emperadores entre los bárbaros. Sabido es, para que el general Pavía no se ofenda de la comparacion, que bárbaro y extranjero son casi sinónimos en el antiguo lenguaje clásico. Y extranjero al partido moderado era el general de los Puritanos, que pensaba gravemente en resucitar la Constitucion de 1837; inverosímil utopia, porque á la monarquía, institucion de suyo conservadora, no se la encuentra nunca para dar un golpe de Estado contra su propia autoridad. Obligarla á promulgar una Constitucion favorable al pueblo, era tanto como pedirle el suicidio, y las antiguas instituciones, como todas las grandes personalidades que representan una colectividad, no se suicidan; no conocen la desesperacion de Bruto y de Catón.

Además, quisieralo ó no, el general Pavía representaba la reaccion, el restablecimiento del partido moderado, la política sangrienta del 10 de Abril, por una fatalidad de nuestro estado histórico que condenaba á todos los partidos conservadores á ser reaccionarios, y que condenaba á todos los partidos reaccionarios á ser revolucionarios. La revolucion, sí, la revolucion vendria tal vez súbitamente con el partido moderado, ó tal vez pausadamente, porque no podíamos calcular las resistencias sociales; pero venia por una necesidad ineludible: que las leyes de la sociedad son tan necesarias como las leyes del universo.

Pues imaginemos que no se nombra el ministerio del partido moderado; imaginemos, por un esfuerzo de esa fantasía humana capaz de poblar de jardines los desiertos, y de llegar al sol en un minuto, imaginemos que llamaban al poder al partido progresista. Hu-

ciera sido un verdadero milagro, porque no lo llamaron cuando el partido liberal acababa de triunfar en la guerra de la Independencia, y de escribir la Constitucion de Cádiz; no lo llamaron cuando el partido liberal emprendia la guerra civil, y se sacrificaba en los campos de batalla; no lo llamaron cuando el partido liberal acababa la guerra civil, y sellaba la paz en Vergara; no lo llamaron cuando el partido liberal arrancó la regencia á Espartero, y declaró mayor de edad á la reina; solamente lo llamaban los Borbones, solamente lo invocaban los Borbones, como dice la historia de 1820, de 1836, de 1840, de 1854, cuando se oscurecen los horizontes, cuando se encrespan los mares, cuando lo impone la revolucion con su imperio. Pero imaginemos que lo llaman. ¿Hubiera ido? Nosotros creemos que, dados sus compromisos, dadas sus solemnes palabras, la desesperacion que poseia al partido progresista, la certeza que tenia de encontrar mil obstáculos, de consumirse desbaratando conjuraciones tenebrosas amañadas para impedirle el gobierno, dados todos estos antecedentes, no podia ir á ocupar un poder al cual solamente le habian llamado en los dias de las grandes desventuras, ó en las horas de los grandes peligros. Supongamos que hubiera ido. Con él, á pesar suyo, la Milicia Nacional armada, las juntas revolucionarias, los antiguos ayuntamientos, la Asamblea que el cañon dispersó, las leyes que borró la pólvora, la revolucion, esta impalpable electricidad de la cual estaba cargada, henchida nuestra atmósfera.

Sí, la revolucion estaba en los aires. La union liberal no la evitaba, el partido moderado la provocaba, el partido progresista la traia. Sucede en ciertas épocas con las revoluciones lo que sucede con la luz que tiñe todos los objetos; ó lo que sucede, si la anterior expresion no es muy propia, con la peste que modifica el aire, y da su propio carácter á todas las enfermedades. ¿Quién la ha hecho? ¿quién la ha traído? No se sabe. ¿Podríaís aye-

riguar de qué pantano ó de qué ola ha salido el vapor que forma la nube, ó de qué laboratorio la chispa que centellea en el rayo? No se sabe todavía quién ha hecho las revoluciones; si la erudicion de Montesquieu, la crítica de Bayle, la risa de Voltaire, el sentimiento de Rousseau, la elocuencia de Mirabeau, la accion de Danton, las peticiones de los Estados generales; ó el despotismo de Luis XIV, la inmundicia de Luis XV, la debilidad de Luis XVI, el orgullo de María Antonieta, las provocaciones de los tiranos de Europa, la ceguedad del clero; no se sabe todavía, porque no conocemos la historia contemporánea, y se necesitan diez y nueve siglos para vislumbrar que César era la democracia y Pompeyo el privilegio; pero lo que sí se sabe, lo que sí se alcanza, es que en los momentos decisivos y solemnes, las ideas todas, las fuerzas todas, los errores lo mismo que las verdades, los vicios lo mismo que las virtudes, se condensan en la revolucion. Los mismos que un día nos mandaban eran nuestros cómplices del día anterior, ciegos instrumentos de un espíritu más elevado que su conciencia y más fuerte que su voluntad.

Por aquellos dias, por Octubre de 1865, acababa de consumarse en España, en este país donde los ciudadanos se iban pareciendo en desgraciados á los hijos de Polonia, Zaragoza sufrió un 10 de Abril. La soldadesca se lanzó á la matanza; el humo de la pólvora oscureció los aires; las enrojeadas balas, atravesaron el pecho de inofensivos transeúntes; el terror reinó en todas partes; y mientras yacian desiertas las ensangrentadas calles, se poblaban hasta rebosar los calabozos. Todo atentado contra una poblacion es bárbaro; pero cuando esta poblacion se llama Zaragoza, el agosto templo de nuestra independencia, á la barbarie va unida la profanacion. El general O'Donnell, que subió al poder á consecuencia de la indignacion enjendrada en los ánimos por los asesinatos del 10 de Abril, indignacion que consumió á su an-